

El Viaje



Dieciocho en pueblo chico

Por GONZALO DRAGO

SEPTIEMBRE es el mes de la patria, diferente a los demás, más luminoso, más alegre, más varonil, más arrogante, anunciado por las melodiosas flautas de los pájaros que cantan jubilosos en las copas de los árboles floridos, por la undivaga danza de los trigales, por generosa tibieza del sol que besa las mejillas, por la sonrisa amiga de la gente que pasa, por las guitarras que pulsán manos femeninas en el fondo de los ranchos, por el viento que trae extraños efluvios amorosos de horizontes ignorados.

Cuando el alcalde de la comuna se ha despojado del poncho y las espuelas y se ha puesto corbata nueva y terno gris, extraído del fondo del baúl, para asistir a la tradicional sesión en el municipio de la localidad, donde se aprobará el programa para celebrar dignamente la tradicional fiesta nacional, puede decirse que se ha dado comienzo al Dieciocho en pueblo chico.

El día 17 el pueblo amanece profusamente enbanderado. La enseña tricolor ondea hasta en el rancho más humilde. Pronto, el cielo es un jardín policromo y vibrante, donde evolucionan los volantes manejados por alborzadas manos infantiles, mientras el viento sur acaricia las cabelleras floridas de los árboles en el fondo de los huertos.

Uno de los números de mayor atracción es el "Palo ensebado". ¿Quién no lo conoce? Alto mástil de roble o eucalipto, erguido frente a la plaza del pueblo, ha sido cuidadosamente cubierto de una pátina de sebo; en su cima se agita una pequeña banderita chilena. Junto a ella está el apetecido premio para el ganador de la proeza: mil pesos, algunas golosinas y una insignia tricolor que os-

tentará en la solapa como una honrosa condecoración.

Muchachitos harapientos, estimulados por el apetitoso premio, intentan la ascensión aferrándose con brazos y piernas a la resbaladiza superficie, entre gritos y carcajadas de la concurrencia. Nunca falta el chusco con espuelas que pretende ganar el premio valiéndose de las ventajas que le procuran los poderosos dientes de su apero campesino, pero es obligado a descender entre la rechifla general. La gente ríe, porque la alegría es un globo que explota a flor de labios y está en la piel, en las flores, en el viento que agita los andrajos o el chamanto de seda del patrón. Es la alegría de septiembre, única, inconfundible, inapreciable, que hace olvidar los sinsabores y fraternizar a todos los hombres y mujeres del pueblo.

Finalmente, el premio es del rapaz más despierto de la aldea, que maliciosamente ha dejado que otros hayan probado suerte y se hayan llevado en sus pantalones o en sus piernas el sebo que reviste la superficie de la cucaña. Sin gran trabajo trepa hasta la cúspide, coge el apetitoso premio y se deja resbalar hasta el suelo entre una salva de aplausos.

Mientras tanto, el señor cura, entusiasmado, galopa por las calles del pueblo en el brioso caballo de un amigo, con las sotanas arrolladas a la cintura, como un negro centauro de ojos afiebrados. El tesorero comunal, con algunas copas en el cuerpo, se ha olvidado de los contribuyentes y ahora trajina sin descanso, chancándose, riéndose, dando órdenes en tono cordial tocado con un sombrero cordovés, para asimilarse a las costumbres campesinas. Hasta el sargento de carabineros, de largos mostachos y ojos severos e interrogantes sonríe, luminosamente al lado del alcalde, que reparte apretones de manos con el alma limpia de malicia.

Desde el potrero vecino, el viento arrastra alegres melodías. La cueca triunfa en las ramadas. Nadie queda sin bailar. Las guitarras y los acordeones tocan sin reposo entre alegres palmoteos y gritos de entusiasmo. Es allí donde el pueblo vibra en sus anhelos, en su deseo de vivir y de cantar junto al ondulante pabellón de la patria que flamea sobre el techo de las fondas, en el enano mástil de las carretelas y hasta en el tufo de los caballos enjaezados con los mejores aperos campesinos.

Más allá, en el largo varón de eucalipto desarrollado, se ha organizado una topeadura espon tánea, de ocho contendores por lado. Los caballos, estimulados por los jinetes, arremeten con demoníaca fiera. Bajo las ramadas, algunas parejas se besan sin reparos. Septiembre es así: alborotador, espontáneo, malicioso, impúdico y alegre.

El dieciocho en pueblo chico no termina fácilmente. Los días 20 y 21 sigue la fiesta para "tapar los hoyos" y deshacer las ramadas. Los más entusiastas siguen "endiocochados" varios días, hasta que la autoridad, que ha abandonado su actitud complaciente y ha recobrado su espíritu de cuerpo, decide arrear hasta el cartel al último piño de borrachos. Sólo así, al quinto o sexto día de la inauguración oficial de las fiestas patrias, termina el dieciocho en cualquier pueblo o aldea de mi vieja y agraria provincia colchaguina.

